

Lot, Orfeo y Eneas:  
tres viudos más o menos accidentales



Manuel Palazón Blasco



# desaviadas

## la mujer de Lot<sup>1</sup>

Los dos ángeles terribles, ministros macho de la impaciencia (de la decepción íntima) de Yahvéh, porque era justo cogieron de la mano a Lot, y con él a su mujer, y a sus dos hijas, y los sacaron de la viciosísima ciudad, con un aviso, que se acogiesen enseguida a los montes, y no mirasen atrás, o se terminarían<sup>2</sup> (pero la mujer de Lot, que venía siguiendo a su marido, volvió los ojos hacia Sodoma, y se hizo de sal).<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> La llaman Ado, o Adith, en el *Libro de Jasbar*, o *del Justo*, y en los *Capítulos de Rabbi Eliezer*, y Edith, o Erith, o Irith, Jacob ben Asher, “Rabuní Asher”, o “Ba’al ha-Turim”, o sea, “Señor de los Pilares”.

<sup>2</sup> *Génesis*, XIX, 16 – 17.

<sup>3</sup> *Génesis*, XIX, 26.

## Eurídice

una víbora mordió a Eurídice en el tobillo cuando huía de la  
gana de un colmenero en celo,  
acabándola  
por ahora

Orfeo se entró entonces en el Infierno, y ganó con sus guitarras  
brujas, de sus alcaldes tremendos, el rescate de su esposa, con una  
condición que imponía Proserpina, que fuese él precediéndola, y no  
vuelvas en ningún momento la mirada hacia atrás.

Eurídice sigue a las palpas, cojeando aún de su herida, la cítara de  
su marido, que hace su lazarillo por aquellas cuevas tenebrosas,  
embarradas.

Cuando entrevió la luz de la puerta Orfeo  
miró,  
a ver,  
y segunda vez la perdía,  
che.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Apolodoro, *Biblioteca*, I, 3, 2; Higino, *Fábulas*, CCLI; Ovidio, *Metamorfosis*, X, 1 – 85; Conón, *Narraciones* (en Focio, XLV); Diodoro Sículo, *Biblioteca de la Historia*, IV, 25, 3; Virgilio, *Geórgicas*, IV, 668 – 805.

## Creúsa

La *historia* del final de Troya la cuenta Eneas para Dido. Es  
versión interesada,  
de parte.  
Hará  
la oficial.

Hubo lo del caballo de palo. Lo habíamos entrado en la ciudad  
desquiciando las puertas, que no cabía. Festejamos la paz nueva: los  
griegos habían levantado el cerco después de diez años. Yo dormía  
mi alivio en mi palacete, el cual se levantaba en un barrio retirado.

Le ha salido, en sueños, Héctor, desfigurado por su final  
horroroso. “In somnis

*ecce (...)*

*Hector.*”<sup>5</sup>

¡Ay, huye, hijo de diosa, y húrtate a esta hoguera, que Troya se  
desmorona! Dice. La patria te encomienda sus trastos sagrados, y sus  
Penates. Dice. Dice, y con sus manos saca del sagrario la imagen de  
Vesta, su fuego eterno, sus prendas íntimas. El príncipe de Ilión me  
ha traído la advertencia: no puede haber mejor mandadero. Corre, vete,  
estás excusado, me ha dicho. Cantarán (está cantada) la ruina de Troya.  
Defendiendo mi Casa han caído nuestros mejores. Ahora serás tú el  
príncipe casi divino de lo que quede, el administrador de su resto, y  
procurarás nuestra restauración. Me despierto miedoso, subo al tejado,  
contemplo los incendios, me armo, voy hacia el alcázar. Encuentro a  
Panto, el sacerdote de Apolo, cargado de diosecillos derrotados. Dice  
palabras que serán famosas. Han venido el último día y la hora  
ineluctable de Dardania. Fuimos, los troyanos, y fue Troya.<sup>6</sup> Se juntan  
con nosotros Ripeo, Épito, Hípanis, Dimas y Corebo. Caemos sobre  
un aqueo, Andrógeo, y sus soldados, los matamos, nos vestimos con  
sus yelmos y sus escudos. Así mezclados hacemos carnicería en el  
enemigo. Vemos a Casandra. La arrancaban, arrastrándola, atadas las  
manos, del santuario de Minerva. Corebo, su enamorado, se echa

---

<sup>5</sup> Virgilio, *Eneida*, II, 270.

<sup>6</sup> “Venit summa dies et ineluctabile tempus / Dardaniae: fuimus Troes, fuit Ilium et ingens  
/ gloria Teucrorum...” Virgilio, *Eneida*, II, 324 – 326.

contra los ladrones, y encuentra su final. Mueren luego (ya los han conocido) Ripeo, Hípanis, Dimas, el párroco. Yo saco como puedo al viejo Ífito, a Pelias herido. Protesto. Mirad, mirad. He buscado la muerte aquí, aquí, aquí, pero no conceden mis hados que me alcance. Entro en el palacio. Veo todavía a Hécuba, rodeada de nueras, y a Príamo. Veo los cincuenta tálamos vaciados. Veo al rey. Se ha armado, pobre, tan viejecito. Pirro le termina, delante de sus ojos, otro hijo aún. Ahora lo lleva hasta el altar, a la sombra del laurel, con la izquierda lo agarra de la canosa melena, le atraviesa el pecho con la espada, le corta la cabeza.

Ha contemplado así la muerte violenta del rey,  
y “me viene al pensamiento” luego  
luego  
“la imagen preciosa de mi padre”,  
“me viene al pensamiento Creúsa,  
abandonada,  
y saqueada la casa,  
y la caída del pequeño Yulo.”<sup>7</sup>

Ve entonces a Elena, va a arrojarle, rabioso, sobre ella, pero Venus lo detiene, riñéndome. “¿A qué esa inquina, el usgo?” Le dice. Lo reñía. Deja a la chica, que era mi ahijada. Lo de Elena y Paris pasó. Es materia de otro cuento. El tuyo comienza aquí. No os ha desgraciado ella. Han ordenado vuestra ruina los dioses peores. Le dice,

corre a casa,  
“¿no irás primero a ver si se ha hecho humo tu destrozado  
padre,  
Anquises,  
si viven aún tu mujer, Creúsa,  
y el pequeño Ascanio?”<sup>8</sup>

---

<sup>7</sup> “...subiit cari genitoris imago (...) ...subiit deserta Creusa, / et direpta domus et parui casus Iuli.” Virgilio, *Eneida*, II, 562 – 563.

<sup>8</sup> “Non prius aspicias ubi fessum aetate parentem / liqueris Anchisen; superet coniunxne Creusa, / Ascaniusque puer?” Virgilio, *Eneida*, II, 595 – 598.

Fue. Pero el anciano vacilaba, prefería que le diesen muerte sus enemigos ahora antes que sufrir las fatigas de la fuga y el exilio. Menciona vagamente su invalidez antigua, el castigo de Dios, aquel rayo que lo mutiló (¿que lo castró?). Lloramos, que su tozudez nos hundirá a todos.<sup>9</sup> Como no lo conmueven nuestras lágrimas, me querello contra mi madre preternatural, Venus. ¿Para esto me has traído a casa? “¿Para que vea a Ascanio y a mi padre, y a Creúsa, degollados, en un charco de sangre común?”<sup>10</sup> Ahí acaricia una llama prodigiosa las sienes de Yulo, formando una aureola. Trueno a la izquierda. Una estrella atraviesa la noche hacia el Ida. La triple epifanía convierte a Anquises. Vale. El Cielo exige que se salve mi apellido.

Para la huida le pido a papá que sea el custodio,  
por ahora,  
de los Penates y los objetos de culto,  
que yo tengo las manos manchadas de sangre,  
y lo cargo sobre los hombros,  
cubriéndolos antes con una piel de león,  
cojo de la mano al “pequeño Ascanio”,  
le ordeno a él “que no se quite de mí”,  
“y a mi mujer que vigile de lejos nuestras pisadas”.<sup>11</sup>

Cito a mi gente a la sombra de un ciprés santo, cerca de la iglesia  
de la Señora Cereal, en una loma, extramuros. Carga,  
en fin,  
sobre sus espaldas a su padre.  
“El pequeño Yulo se coge de mi mano derecha,  
y sigue a su padre con pasos desiguales;  
detrás  
viene mi esposa.”<sup>12</sup>

---

<sup>9</sup> Virgilio, *Eneida*, II, 651 – 653.

<sup>10</sup> “...utque / Ascanium patremque meum iuxtaque Creusam / alterum in alterius mactatos sanguine cernam?” Virgilio, *Eneida*, II, 664 – 667.

<sup>11</sup> “...Mihi parvus Iulus / sit comes, et longe servet vestigia coniunx...”  
Virgilio, *Eneida*, II, 707 – 711.

<sup>12</sup> “...dextrae se parvus Iulus / implicuit sequiturque patrem non passibus aquis; / pone subit coniunx.” Virgilio, *La Eneida*, II, 720 – 725.

Muy cerca de la puerta un ruido los espanta,  
y algún “numen enemigo” lo confunde,  
y se aparta de las calles conocidas,  
y  
“ay,  
el hado mezquino me roba a mi mujer,  
Creúsa”<sup>13</sup>.

“Si erró el camino,  
o se detuvo,  
o bien la derrumbó el cansancio,  
no puedo saberlo;  
ni hemos vuelto a poner los ojos en ella desde entonces.”<sup>14</sup>  
“Ni miré hacia atrás,  
ni conocí su pérdida,  
ni me acordé de ella” hasta que llegamos al santuario alto de  
Ceres.<sup>15</sup>  
Allí  
nos habíamos juntado todos:  
solamente  
una  
faltaba,  
fallando a su hijo,  
y a su marido.<sup>16</sup>

Llegué al bosquecillo, dejé a Yulo, y a mi padre, con los Penates  
de la patria, y entré otra vez en Troya, la espada desenvainada,  
buscando a mi mujer. Volví a casa, pero ya el fuego devoraba sus  
paredes. Miré  
en los escombros del alcázar,  
y en otros edificios,

---

<sup>13</sup> “heu, misero coniunx fatone erepta Creusa / substitit...” Virgilio, *La Eneida*, II, 738 – 739.

<sup>14</sup> “...erravitne via seu lassa resedit, / incertum; nec post oculis est reddita nostris.” Virgilio, *La Eneida*, II, 739 - 740.

<sup>15</sup> “Nec prius amissam respexi animumue reflexi quam tumulum antiquae Cereris sedemque  
sacratam venimus...” Virgilio, *Eneida*, II, 741 – 743.

<sup>16</sup> “...hic demum collectis omnibus una / defuit, et comites natumque virumque fefellit.”  
Virgilio, *Eneida*, II, 743 – 744.



la llamaba muchas veces, Creúsa,  
Creúsa,  
y se puso entonces ante sus ojos “el simulacro triste,  
la sombra misma de Creúsa,  
agigantada”<sup>17</sup>  
Yo,  
lleno de miedo,  
espeluznado,  
no podía hablar. Ella  
me sosiega algo.  
Estaba muy conformada con su suerte. Dice. Esto  
ha sido voluntad de Dios Padre.  
Que no te acompañase,  
digo,  
en tus afanes.  
Que no entre a servir a ninguna condesa de los dánaos,  
en sus cocinas.  
Me quedaré aquí,  
en estas playas,  
donde me quiere la Morenica. Aquí,  
de este lado,  
todas las horas valen la misma hora,  
por eso los muertos nos enteramos de cosas.  
Te descubriré algunas.  
Tu destierro será largo y lleno de calamidades,  
y sólo terminará simbólicamente en la Hesperia,  
a orillas del Tíber. Allí,  
porque te casarás con una reina,  
serás rey,  
y feliz,  
y levantarás,  
otra vez,  
otra Troya.

---

<sup>17</sup> “...infelix simulacrum atque ipsius umbra Creusae / visa mihi ante oculos et nota maior imago...” Virgilio, *Eneida*, II, 772 – 773.

Y ahora seca las lágrimas que derramas por mí  
(es que me preferías,  
¿verdad?).

Se despidió, me pidió que cuidase de nuestro pequeño, y yo cogí menudo berriche, intenté tres veces abrazarla, pero su imagen se deshacía, como el aire, como un sueño.<sup>18</sup>

Regresé al ciprés. Allí se habían congregado muchos fugitivos de mi nación. Yo haría a su caudillo en la huida.<sup>19</sup> Al otro día mi padre, Anquises, mandó dar las velas de las naves, que teníamos aparejadas en el ancón de Antandro, al pie del Ida, a los venturosos vientos.<sup>20</sup>

---

<sup>18</sup> Virgilio, *Eneida*, II, 745 – 794.

<sup>19</sup> Virgilio, *Eneida*, II, 796 ss.

<sup>20</sup> Virgilio, *Eneida*, III, 9.

## continuaciones

### lo de Lot

(luego las hijas de Lot,  
de *serranas*,  
quitadas de la Ciudad  
y de sus novios  
primeros,  
apartadas con su padre,  
lo emborracharon,  
moviéndolo a que las montase,  
y tuvieron,  
de él,  
dos hijos a los que llamaron Moab  
y Benamí,  
nombres que publicaban su especie monstruosa<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup> *Génesis*, XIX, 26 ss.

## lo de Orfeo

las mujeres del corro de Baco acabaron a Orfeo haciéndolo pedazos,

y ahora su sombra a retales puede pasear con la de Eurídice por los marjales sin ningún impedimento,

no tienen que observar las maniáticas instrucciones de Plutón,

o de la Novia de la Muerte,

andan los dos de la mano,

o la sigue,

si quiere,

él,

y no se quitan nunca,

nunca,

los ojos de encima<sup>22</sup>

---

<sup>22</sup>“Hic modo coniunctis spatiantur passibus ambo,  
nunc praecedentem sequitur, nunc praevis anteit  
Eurydicenque suam iam tutus respicit Orpheus.”  
Ovidio, *Metamorfosis*, XI, 61 – 66.

## lo de Eneas

Eneas casará en segundas,  
escondidas nupcias,  
con Dido,  
la reina de Cartago,  
y,  
después de estropearla,  
viudo  
nuevo  
(viudo  
viejo),  
tomará por esposa última a Lavinia,  
la hija del rey Latino,  
para que se empezara,  
en sus apellidos,  
segunda Troya

algunas regurgitaciones de este rumiante  
filosofal

preambular

En las tres *historias* uno huye, seguido de su esposa, de alguna manera del infierno. Tiene lugar entonces una transgresión, o una distracción, y la mujer se desastra. En todo lo demás se desasemejan.

## de Orfeo y Eneas

Pausanias<sup>23</sup> supo que Lésqueo y los *Cantos Ciprios* llamaban Eurídice a la mujer de Eneas. Y parecen testimonios de peso, de mucha autoridad. No. Pese a que la confusión arranca de la repetición de ciertos elementos, en lo esencial es todo muy distinto.

Orfeo quiere asegurarse de que Eurídice le venía detrás aún: es su amor nervioso, histérico, incontinente, lo que hace que la pierda segunda vez.

A Eneas se le va (y no es figura) la santa al cielo, está en las nubes de los futuros legendarios que le han pronosticado, se sabe hijo de mucho, de Venus, ahí es nada, lleva a cuentas a su padre, que le servirá muy bien en sus últimos días, y después de muerto, cuando lo visite en el Hades, cela los Penates de la patria, el fuego vestal, el ceñidor de la Virgen, sujeta de la mano a su chavalillo, que lo continuará. Parece natural, entonces, que se olvide de su mujer, que la extravíe, quizás, adrede (estorbaría su empresa en Cartago, lo de Dido, digo, y en Italia). Sí. La muerte de Creúsa conviene a Eneas (a su novela fantástica, y familiar), es necesaria para su gloria y prosperidad.

---

<sup>23</sup> Pausanias, *Descripción de Grecia*, X, 26, 1.

## miradas

Orfeo mira hacia atrás, busca con sus ojos a su amada. Eneas descuida a la suya. La mujer de Lot quita sus ojos de su marido, mira hacia atrás, hacia Sodoma.



## hijuelos de estas separaciones

Orfeo gasta el luto cabezón, vive apartado, llorica, se niega a unirse a las mujeres tracias, a multiplicarse, y sufrirá, por ello, un castigo terrible,  
y famoso.

Eneas empezará la segunda Troya y, casi, Roma.

Lot engendra en sus hijas a moabitas y amonitas, naciones desuñadas desde su origen.

## lo de Lot

La falta,  
otra vez,  
el pecado  
primero,  
lo comete  
ella.

Pese a que los dos guardias civiles con cuartelillo en el Cielo se lo habían prohibido,  
la mujer de Lot mira hacia atrás,  
y es transformada,  
por ello,  
en “monumento”, “obra pública  
y patente,  
puesta por señal,  
que nos acuerda y avisa”<sup>24</sup> de qué:  
de su traspaso, hijo,  
han dicho los exégetas,  
de la curiosidad,  
de la avaricia,  
de la melancolía,  
de la piedad.

La otra falta,  
otra vez,  
la cometen ellas.

Lot sólo rinde su fecundo espadón a sus hijas porque lo han mareado con sus vinos.

Ellas empeoran aún su fama al dar a sus hijos nombres que sacan a plaza su turbia concepción.

---

<sup>24</sup> *Diccionario de Autoridades.*

Lynda Boose<sup>25</sup> propone otra lectura del texto. Lot ha dejado la ovejería, la pampa entrerriana, vive en una ciudad podrida, y se ha casado con una extranjera. Tan alejado de su apellido se afemina, y sólo ha alcanzado a engendrar hijas. Los grandes patriarcas sólo hacen hijos varones, que los perpetúen. Alguno tuvo niña (y perdió siempre), pero el mayor siempre fue chico. En su camino hacia la civilización, hacia la exogamia, Lot se ha empobrecido, vaciado. Si quiere recobrar su masculinidad habrá de regresar a la barbarie, a las grutas de la sierra, y mezclarse con mujeres de su sangre, sus prójimas. Pero ha de hacerlo disimuladamente, “el texto necesita una mediadora, una Eva que coja la fruta del padre, que se la ofrezca. (...) En el interior del espacio furtivo de una cueva el deseo de Lot se oculta debajo del de sus hijas”<sup>26</sup>.

Lot, desde luego, sabe la baba que rodea a sus hijas. Cuando la turba de sodomitas aporrea su puerta, exigiendo a Lot que les suelte a sus extraños huéspedes, éste les ofrece a cambio a sus hijas, para que hiciesen en ellas lo que gustasen, y eran,

mirad,  
muchachas  
nuevas  
aún.<sup>27</sup>

Importa que los prometidos de las muchachas mueran, y que la mujer de Lot quede borrada del mundo, allanando el camino de la gana del padre. También, que Lot asegure primero en el relato la virginidad de sus hijas, y se aparte después a solas con ellas, en una madriguera. Se ha terminado un mundo caduco y Lot es, otra vez, el padre primitivo, o, más bien, el superhombre del final de los tiempos.

Viene en el Libro IV de *La Galatea*, de Miguel de Cervantes. En la “disputa sobre el amor” Lenio, cid de sus enemigos, repasa las “pasiones del ánimo”, y de la primera, que es “desear demasiado”, dice: “Este deseo es aquel que incita al hermano a procurar de la amada hermana los abominables abrazos, la madrastra del alnado, y,

---

<sup>25</sup> BOOSE, Lynda E. (1989), <<The Father’s House and the Daughter in It: The Structures of Western Culture’s Daughter-Father Relationship>>. En BOOSE y FLOWERS, eds. (1989: 19 – 74).

<sup>26</sup> Boose, 1989: 58.

<sup>27</sup> *Génesis*, XIX, 8.

lo que es peor, el mismo padre de la propia hija...” Un poco más adelante pone “algunos ejemplos verdaderos y pasados” de esta clase de amor, y empieza diciendo: “pues *¿quién sino este amor es aquel que al justo Lot hizo romper el casto intento y violar a las propias hijas suyas?*” Cervantes, en estos apuntes sobre el incesto, carga las culpas sobre el padre, contradiciendo, en lo de Lot, la autoridad de los redactores de la Biblia. Su equivocación acierta, quizás, con la verdadera historia.

# índice

## Lot, Orfeo y Eneas: tres viudos más o menos accidentales

### desaviadas

- la mujer de Lot

- Eurídice

- Creúsa

### continuaciones

- lo de Lot

- lo de Orfeo

- lo de Eneas

### algunas regurgitaciones de este rumiante filosofal

- preambular

- de Orfeo y Eneas

- miradas

- hijuelos de estas separaciones

- lo de Lot